hará un día entre todos los hombres (1). ¡Bienaventurados los que en ese día se encuentren á la derecha con las ovejas, con las almas puras, con los bendecidos, con los amados de Dios!

Después de haber dado al buen ladrón, y en él á todos los verdaderamente arrepentidos, la garantía del perdón y de la salvación eterna, el Divino Salvador, levantando otra vez su rostro marchitado hacia el cielo, y sus ojos llenos de lágrimas, dirigió nuevamente la palabra á su Padre celestial, y con voz alta y sonora, aunque afligida, le dijo: «Dios mio, Dios mio, ¿por qué me habéis desamparado?... (2).» ¿Cómo es eso posible? ¿Acaso el Padre Eterno podía también abandonar á su amado Hijo? No; no, hermanos mios: líbrenos Dios de la blasfemia vomitada por la negra alma de Calvino, que siempre dispuesto á menospreciar á Jesucristo, se atrevió á decir que por esas palabras el Hijo de Dios expresó un verdadero abandono por parte de su Padre; por manera que habría quedado reducido al dolor y á la desesperación de los condenados. La verdad es que el Verbo Eterno, ni fué, ni pudo ser desamparado por Dios su Padre; como tampoco puede ser separado de Él (3). Esas palabras del Señor no son tanto la expresión del dolor, como la manifestación de un gran misterio de amor (4). Esas palabras, dice San Agustín, no son la queja de un desgraciado; son la enseñanza de un maestro (5).

Para conocer y penetrar bien esa enseñanza, es preciso saber que esas palabras de Nuestro Señor se encuentran textualmente en el salmo 21 de David, y que el Santo

(1) In ista potestatis specie monstratur quæ in judício omnium hominum facienda est discretio. *(San León.)*
(2) Clamavit Jesus voce magna dicens: Deus meus, ut quid dereliquisti me? *(San Mateo*, XX, 7.)
(3) Ab eo non poterat derelinqui, à quo non poterat separari. *(San León.)*
(4) Vox ista magni est expositio sacramenti. *(San León.)*
(5) Vox ista doctrina est, non querela. *(San Agustín.)*

Rey, hablando en él más bien como evangelista que como profeta, hace la descripción exacta de todas las circunstancias de la crucifixión. Nada quedó omitido, ni los clavos, ni la hiel, ni el vinagre, ni la repartición por suerte de sus vestiduras, ni el furor de sus enemigos, ni, en una palabra, ninguno de los pormenores de su muerte y de su resurrección. Además San Jerónimo, y de conformidad con él la mayor parte de los intérpretes del Evangelio, creen deber concluir de la cita del primer versículo de ese salmo, que el Salvador le recitó y aun le cantó todo entero (1). Recitando, pues, en alta voz ese salmo que los judíos y sacerdotes debían saber de memoria, Jesucristo les obligaba á meditar la grande profecía cuyo cumplimiento veían. Y por ese medio el Salvador, tan amante, que quería salvar hasta á sus más implacables enemigos, les invitaba á reconocer al verdadero Mesías en el que habían crucificado y abrumado de ultrajes. De ese modo quería instruirles sin dirigirles reconvenciones, convencerles sin reprensión, y hacerles sentir la enormidad de su crimen sin castigarles. ¡Oh nuevo y sublime rasgo de la inagotable misericordia del Redentor! Como la oración ó ruego con que había pedido su perdón no les había movido, su industriosa caridad encontró ese nuevo medio de hacerles entrar en sí mismos, y de convertirles, porque hasta exhalar su último suspiro no podía cesar de querer su conversión y su salvación.

Mas al mismo tiempo que se tomaba tan tierno interés por la salvación de los judíos, manifestó con aquellas palabras un grande misterio de amor hacia los hombres. Según la doctrina de San Pablo, Jesús crucificado era la humanidad entera, era el viejo hombre crucificado en él (2). Jesús, pues, al pronunciar las palabras *Deus*

(1) Ex quo intelligimus psalmum à Deo in cruce posito decantari. *(San Jerónimo.)*
(2) Nos scimus quia vetus homo noster crucifixus est. *(Rom.*, VI, 6.)

meus, etc., hablaba, dice San Bernardo, no en su propio nombre, sino en el de esa humanidad culpable que representaba en sí solo (1). Pues bien, añade Raban; como aquella humanidad había sido abandonada, rechazada por Dios á causa de sus crímenes, y Jesucristo se había constituido en nuestro abogado, deploraba por aquellas grandes palabras la miseria y el desamparo de esa misma humanidad, cuya culpabilidad pesaba sobre él. Así, hermanos mios, esa queja de desamparo no fué por parte de nuestro amable Salvador más que una nueva súplica, para que en adelante los hombres no se vean abandonados en su alejamiento de Dios (2).

Como esa súplica, como todas las de Jesucristo, fué escuchada por el mérito de ella y por el del desamparo exterior á que se vió reducido por parte de los hombres, nos ha libertado del desamparo interior, atraido sobre nosotros por el exceso de nuestra malicia. Por el mérito de esa súplica, durante toda nuestra vida, Dios no aparta jamás irrevocablemente su mirada de nosotros, y no abandona sin recurso hasta á los más abominables pecadores. Por el mérito de esa súplica tenemos siempre abierto el camino de la penitencia y del arrepentimiento; el seno de Dios se halla siempre pronto á acoger al pródigo, y su mano se halla siempre levantada para perdonar y absolver; y aun cuando todas las demás gracias nos han sido retiradas en castigo del repetido abuso que de ellas hicimos, la gracia de la oración y de la súplica nos queda siempre, y es como la única escala para salir del abismo en que hemos caído. Sin embargo, es necesario aprovecharse siempre con presteza de esa gracia de

(1) Loquitur ex persona hominis assumpti. *(San Bernardo.)*
(2) Humana natura ob peccatum fuerat à Deo derelicta; propter quod Dei Filius, noster factus advocatus, deplorat miseriam quorum susceperat culpam. Ostensione vulnerum sacerdos interpellat, apud Patrem pro nobis, ut non derelinquatur in membris, qui in se capite nunquam potuit derelinqui. *(Raban.)*

la oración, porque á fuerza de descuidarla concluiríamos por no hacer ningún caso de ella, y ni aun podríamos recurrir á ella en el momento de la muerte. Entonces se renovaría en nosotros ese terrible misterio comprobado por San Agustín, que por haber olvidado á Dios durante la vida, se llega á olvidarse de sí mismo en el momento de la muerte. Así se dilata la penitencia y el regreso á Dios, hasta que ya no es tiempo; y entonces, sin que Dios nos abandone, podemos morir como si estuviésemos abandonados de Dios (1). La misericordia divina no falta por eso, ni podría concebirse la sospecha de que es inagotable. También oís otro grito del Salvador, proferido tan sólo para inspirar la confianza en su misericordia y en su bondad para con los pecadores, aun los más profundamente sumidos en el abismo del desórden. *Sitio*, gritó Jesús: *Tengo sed*: ¿quién apagará la sed que me devora? Esa sed, dice San Cipriano, la sentía Jesús efectivamente muy viva y muy ardiente en sus entrañas, la sentía todavía mucho más viva y más ardorosa en su alma: era la sed de su ardiente caridad, la sed del celo que le devoraba por la conversión y la salvación de todos nosotros (2). Esa sed, enteramente espiritual, la había manifestado á presencia de la Samaritana cuando la dijo: «Mujer, tengo sed. ¿Querríais darme de beber (3)?» Esa sed supo apagarla la Samaritana, no con darle de su agua, sino ofreciéndole su fe, convirtiéndose á Él y arrepintiéndose de sus pecados, reconociéndole y proclamándole como el verdadero Mesías y el Salvador del mundo.

Esa sed con que su corazón fué abrasado siempre sobre la tierra, la siente siempre con el mismo ardor en lo más alto de los cielos. Allí también, además de la sed que se aplaca en los manantiales eternos de la vida, le consume

(1) Ut qui vivens oblitus est Dei, moriens obliviscatur sui. *(San Agustín.)*
(2) Sitis hæc est de ardore dilectionis. *(San Cipriano.)*
(3) Mulier, da mihi bibere. *(San Juan*, IV, 7.)

esa otra sed que no puede apagarse sino con la conquista de las almas, con la salvación eterna de los cautivos rescatados con su sangre (1). A nosotros también nos consume y devora una sed: engañados por todas partes con quiméricas ilusiones, tenemos sed de realidad, de confianza y de amor. Desesperados, disgustados de todo, guardémonos muy bien de desesperar del Supremo consolador. Guardémonos de temer que pueda rechazar jamás ni aun á los que le temieron y le evitaron siempre, aun á los que tardíamente, en la última hora, parecen no hacer mucho aprecio de su servicio. Aun en el día de un regreso por demasiado largo tiempo diferido, le encontraremos pronto á acudir á nosotros, impelido por su misericordia (2). Sí, como el padre del pródigo estará siempre pronto á recibirnos, á perdonarnos, á estrecharnos en sus brazos, á devolvernos con su afectuosa amistad todas las delicias de la piedad, todas las glorias de la virtud. ¿Para quién son, pues, los ósculos de la ternura parternal? ¿Para quién los ricos vestidos de las virtudes heróicas y de los brillantes méritos? ¿Para quién el anillo de indisoluble amistad (3)? Para esas almas apasionadas, degradadas tal vez por el extravío de las pasiones, y que por efecto de la gracia divina, no serán menos capaces de apasionarse noblemente por el servicio de Dios.

¿A qué aguardas, pues, pecador, hermano mio, encenagado en el fango del vicio? ¿Por qué tardas en venir á apagar la sed que destroza tu corazón y la sed de celo en que arde un Padre amoroso por tu conversión y tu salvación eterna? No imites la barbarie de los judíos simbolizada por el brebaje ofrecido al Salvador en su sed. ¡Cuánto más picante y más amarga es á su corazón su

(1) Eorum sitit fidem, pro quibus fudit sanguinem. *(San Agustín.)*
(2) Misericordia motus accurrit. *(San Lucas*, xv, 20.)
(3) Cecidit super collum ejus et osculatus est eum. *(San Lucas*, xv, 20.)

obstinada corrupción y su odio, que lo son á su boca el vinagre y la hiel que le presentaron! ¡Y tú también querrías arrancarle otra vez más la queja en que prorumpió por boca de su Profeta!» ¡Ingratos...! ¡insensatos...! ¡para aplacar mi sed de salvarlos, no me han ofrecido más que el brebaje de sus errores, de sus vicios y de su impiedad!... (1).

Seguramente, el amor de Jesús á los hombres no necesitaba manifestarse más. ¿Qué le quedaba que hacer para triunfar de los corazones más rebeldes? Lo que le restaba que hacer era declarar que las invenciones divinas lo habían agotado todo. Entonces pronunció las graves y profundas palabras: «Todo está consumado:» *Consummatum est.* (San Juan, xix, 30.) Sí, graves y profundas palabras, que no tienen necesidad de comentario, porque es como si efectivamente Jesucristo hubiese dicho al mundo entero: «Por mi encarnación, por mi nacimiento, por mi vida y por mi pasión, por mi muerte que voy á aceptar, se halla cumplido todo lo que está escrito en el libro de los decretos eternos, todo lo que estaba figurado por los Patriarcas, predicho por los Profetas y representado por los sacrificios; todo lo que prometido por Dios y esperado por los hombres en cuanto al Mesías y la redención.»

¡Consummatum est!... ¡Todo está consumado!... La esperanza de la tierra satisfecha, los votos del cielo cumplidos, el universo rescatado, el demonio vencido, el orgullo humano humillado, la concupiscencia reprimida, la idolatría abatida, la antigua ley derogada, el velo de las Escrituras descorrido, el Evangelio anunciado, Dios conocido y el hombre salvado. La nueva Iglesia está fundada, el verdadero sacerdocio instituido, la nueva alianza sellada con el sello de Dios. La ley de la opresión,

(1) Et in siti mea potaverunt me aceto. *(Salmo* xxi.)

que no formaba más que esclavos, ha sido reemplazada por la ley del amor, única capaz de engendrar los verdaderos hijos de Dios. La plenitud de los tiempos ha llegado, el cielo se ha abierto, y la faz de la tierra se ha renovado. El gran designio de la sabiduría, del poder y de la bondad de Dios, meditado antes de todos los siglos, ha sido cumplido en el tiempo para durar en la eternidad.

¡Consummatum est!... ¡Todo está consumado!... Grande enseñanza que destruye muchos errores, ó en otros términos, ya no hay misterios que descubrir, verdades que velar, nuevas leyes que imponer, auxilios nuevos que suministrar, ni nuevas esperanzas que presentar. La razón no tiene ya nada que buscar, ni la filosofía que inventar para el culto de Dios, la salvación del hombre y la perfección moral de la sociedad. Ya no es tiempo de buscar la verdad, sino de creerla; de disertar sobre la virtud, sino de practicarla. No, ninguna novedad de doctrinas, de leyes ni de sistemas es ya posible en materia de religión. El entendimiento humano no encontrará nada mejor que la ley del Evangelio, la doctrina del Mesías, la religión del Calvario, El verdadero y legítimo progreso no puede hallarse más que en el desarrollo gradual, en la aplicación sincera, en la práctica fiel de esa doctrina, de esa ley, de esa Religión. Fuera del cristianismo, no habrá jamás sino ignorancia de Dios, degradación y esclavitud en el hombre y barbarie en la sociedad.

¡Consummatum est!... ¡Todo está consumado!... Esa es una sentencia fulminada contra vosotros, fabricantes de religiones nuevas, que no sois más que unos impostores, que no lisonjeáis al hombre más que para perderle, que no pretendéis honrar á Dios más que para blasfemarle y hacer que se olvide hasta su nombre. ¡Todo está consumado!... Esa es la reprobación anticipada de todas esas

religiones filosóficas, políticas y humanitarias de que es inventor el hombre, el único apoyo los gobiernos, los tribunales humanos los únicos intérpretes, y el verdugo el único vengador. Perezcan para siempre esos vanos delirios de la razón, esos verdaderos sacrilegios del corazón. La verdadera Religión ha sido al fin proclamada; ha sido establecida para siempre sobre una base sólida, indestructible, para todos los tiempos y todos los lugares.

Consummatum est!... ¡Todo está consumado! ¡Preciosa declaración, alentadora seguridad!... Por ella nos ha dicho el Señor: «Ya no tenéis que temer nada para en adelante: vuestras deudas están pagadas, y concluido vuestro rescate. La justicia de Dios ha quedado satisfecha, y vuestra condenación abolida. La bendición divina, solicitada en vuestro nombre, ha sido obtenida: el camino de la salvación ha quedado allanado para vosotros, y cegado el abismo abierto entre el cielo y la tierra. Los cielos os reclaman: no tenéis más que desear, esperar y poseer. Vuestro Dios ha provisto á todo y restaurado todas las cosas.»

Así es como un Dios alienta y consuela. Pero no nos contentemos con escuchar esas palabras que infunden ánimo; escuchemos también las útiles lecciones que nos han sido dadas. «¡Todo está consumado!» Por esas expresiones nos anuncia Jesucristo que no ha esperado el momento de la muerte para operar nuestra salvación. Ha consagrado á ella su preciosa vida toda entera. Sobre la Cruz no hizo más que dar la última mano á la obra de que se había constantemente ocupado desde Belén hasta el Calvario. Y nosotros, ¿nos atreveremos á aplazar hasta el momento de la muerte el pensamiento de aplicarnos los frutos de esa redención? ¿No debemos también consagrar á ella nuestra existencia toda entera? ¿No deberemos hacer de modo que en el momento de la muerte no nos quede más que consumar y coronar una obra

largo tiempo hace comenzada? Sí, nosotros haremos por nosotros mismos lo que Jesucristo hizo por nosotros, para que en ese último momento podamos decir con la confianza del justo y con la alegría en el corazón: la obra de mi salvación se halla al fin consumada. *Consummatum est!*

Así, como hemos visto, el amor inagotable del Salvador, en su pasión, supo tomar todas las formas: se hizo víctima suplicante; se hizo medianero que reconcilia; se hizo juez misericordioso que no tiene condenación más que para los que se obstinan en rechazar su clemencia; se hizo pastor que llama é invita, devorado de la sed de salvar á sus ovejas; se hizo preceptor divino que instruye con la elocuencia del ejemplo, y que sabrá con sus instituciones y sus leyes instruir á todas las generaciones venideras. Réstanos mostrar en Él el carácter del padre más amoroso, que quiere, aun después de su muerte, vivir por los testimonios de su amor.

SEGUNDA PARTE.

Todo padre de familia próximo á morir no descuida el hacer su testamento. La facultad de testar es una de las más nobles del hombre, una de las más queridas á sus más íntimos, á sus más laudables instintos. Sér originariamente inmortal, debe luchar hasta el fin contra la muerte, y procurar sobrevivirse por la felicidad de otro. Eso fué, dice San Ambrosio, lo que nuestro amable Salvador no olvidó sobre la Cruz.

¡Oh exceso de ternura y de amor!... Colmado de oprobio, obligado á beber hiel y vinagre, reducido á las últimas angustias, quebrantado de dolores, todo por la malicia de los hombres, les hace la declaración de su última voluntad: dispone de todo lo que su Padre celestial había

puesto á su disposición: divide su herencia entre sus hijos, sin olvidar aun á los más ingratos y rebeldes, y redacta su testamento con todas las solemnidades de costumbre.

Nada le falta, en efecto, de las condiciones de un testamento ordinario: por una parte, el moribundo es el que dicta, y, por otra, todos aquellos en cuyo favor se hace se hallan presentes para la aceptación en la persona de sus representantes. Los soldados romanos representan al pueblo gentil; los habitantes de Jerusalén, al pueblo judáico; los justos se encuentran representados por las santas mujeres; los pecadores por los ladrones; los penitentes por la Magdalena, y los ministros de la Religión por el discípulo amado. Así, todos los pueblos, todos los sexos, todos los diferentes estados de las almas, se hallan representados en aquel acto solemne que se hace para todos.

En fin, dice San Ambrosio, en ese acto, San Juan, el único de los discípulos presentes al pié de la Cruz, desempeña á un tiempo mismo las funciones de notario público, de canciller de la Iglesia, que recibe las palabras de Jesucristo y las confirma como testigo dignísimo de semejante testador (1). Así, después de haber redactado en su Evangelio ese testamento de nuestro tierno Padre, San Juan le ha hecho un instrumento auténtico y público: ha puesto en él su signo, y ha declarado, con una especie de juramento, que no ha escrito más que lo que vió con sus propios ojos y escuchado con sus oídos, y que su testimonio es sincero y fiel (2).

No olvidemos que, según San Ambrosio, Jesucristo, al morir, no solamente hizo su testamento público, sino

(1) Testamentum Domini signabat Joannes dignus tanto testatore testis. *(San Ambrosio.)*

(2) Et qui vidit testimonium perhibuit, et verum est testimonium ejus: et ille scit quia vera dicit. *(San Juan*, XIX.)

también su testamento privado (1). Es decir, que después de haber dispuesto de sus bienes públicos, como Salvador y Redentor del mundo, después de haber asegurado la reconciliación con Dios y el perdón á los pecadores arrepentidos, el Paraíso á todos los justos, la gracia de la conversión á todos los obstinados, la confianza á todos los tímidos, la verdadera Religión al mundo entero, quiso disponer de sus bienes domésticos como Hijo del hombre. ¿Y de qué podría disponer bajo ese aspecto? Pobre, viviendo de los socorros de la caridad, desnudo sobre una cruz, no tenía que legar ni aun sus vestiduras: los soldados que le crucificaron se apoderaron de ellas, como cosa suya propia, y las repartieron entre sí. Pero aguardad; todavía tiene algo de muy querido á su corazón; tiene á la Santísima y augusta Virgen María, su Madre, que le concibió en su seno: tiene á la Iglesia, su hija, que va á nacer inmediatamente de la sangre de su costado. Tal es el bien precioso de que puede disponer todavía. Dirigiendo, pues, su mirada sobre María y Juan, que ambos se hallaban al pié de la Cruz, dijo á su Madre: «Mujer, hé ahí á vuestro Hijo,» y á San Juan: «hé ahí á vuestra Madre (2).»

San Juan no es designado aquí por su propio nombre, sino por su cualidad de discípulo amado: *Discipulus quem diligebat Jesus*. San Juan, según la interpretación de los Padres, representaba á la Iglesia, que, como él, cree en Jesucristo, no abandona jamás á Jesucristo, y es el objeto del más tierno amor de Jesucristo. Por consiguiente, Jesucristo, por esas últimas palabras, legó á María como

(1) Condebat Dominus non solum publicum, sed et domesticum testamentum. *(San Ambrosio.)*

(2) Cum vidisset Jesus Matrem et discipulum stantem quem diligebat, dixit Matri suæ: Mulier, ecce filius tuus: deindè dixit discipulo: Ecce Mater tua. *(San Juan*, XIX.)

Madre á la Iglesia, y á la Iglesia como hija á la augusta Virgen.

María, al pié de la Cruz, asistía á la muerte de Jesucristo: aquél era el lugar propio de la Madre de Dios: el espectáculo que ofrecía era digno de la elevación de su rango: en la actitud sublime de la Madre, se podía leer una nueva prueba de la divinidad del Hijo (1). A la dignidad de la actitud exterior, sobrepujaba la grandeza y la intrepidez de su alma. La más delicada de todas las vírgenes, la más desconsolada de todas las madres, se mostraba la más fuerte de todas las mujeres (2).

El semblante de María denotaba una resignación inmensa en medio del más inmenso dolor. Absorta como en un éxtasis de profunda aflicción y de sublime contemplación, no apartó ni por un instante su vista de la escena más desgarradora que ha podido jamás atormentar el corazón de una madre.

Cada golpe que daban los verdugos, cada blasfemia proferida contra el Hombre-Dios, eran otras tantas espadas que la atravesaban. Y, sin embargo, con una mirada llena de compasión por los hombres, aún mucho más que por compasión de su Hijo, consideraba una por una las llagas que habían desgarrado su cuerpo adorable. Sin duda quisiera evitar ahora las torturas á Aquél á quien amaba sobre todo, pero comprendía que de allí debía brotar una sangre que era la única capaz de borrar los pecados del mundo, y se resignó, y aun se complacía en la que había llegado á ser la condición necesaria de la redención de los hombres (3).

Por ese sublime heroismo, asociándose al amor con que el Padre entregaba á su Hijo, y con que el Hijo se entre-

(1) Stabat non degeneri mater spectaculo. *(San Ambrosio.)*

(2) Stabat corpore excelsa, animo excelsior. *(Ibid.)*

(3) Spectabat piis oculis Filii vulnera, ex quibus sciebat redemptionem hominibus futuram. *(San Ambrosio.)*